

*El director de la Revista Mexicana de Sociología, al decidir la consagración de su presente número a honrar la memoria del ilustre pensador francés Auguste COMTE, en el centenario de su fallecimiento, solicitó y obtuvo la colaboración de:*

Paul ARBOUSSE-BASTIDE  
Oscar ALVAREZ ANDREWS  
Roger BASTIDE  
Francisco CARMONA NENCLARES  
Armand CUVILLIER  
Raymond LENOIR  
Roberto MAC-LEAN Y ESTENÓS  
Alfredo POVIÑA  
Odorico PIRES PINTO  
Luis RECASÉNS SICHES  
Emile SICARD  
Jean SIROL

*quienes, mediante sus trabajos, se adhieren al homenaje que la dirección de esta Revista rinde al Fundador de la Sociología.*

México, Septiembre-Diciembre de 1957



## HOMENAJE



AUGUSTO COMTE, Fundador de la Sociología.





## *Augusto Comte, Fundador de la Sociología*

*Por Roberto MAC-LEAN Y ESTENOS, Catedrático de Sociología en la Universidad Nacional Autónoma de México. Colaboración especial para el número de la Revista Mexicana de Sociología consagrado a honrar la memoria de Auguste Comte.*

EL meridiano de la historia y del mundo pasó por Francia en la centuria décimonona como había pasado por Grecia y por Roma en la antigüedad; por el vasto imperio árabe cuando llevó su preponderancia conquistadora hasta los Pirineos y se aposentó siete siglos en las tierras ibéricas; por España de Carlos V y de Felipe II en cuyos dominios, como lo proclamara la jactancia castellana, no se ponía el sol; por Inglaterra durante el reinado epónimo de Isabel la Grande.

A las Galias le tocó su turno de gloria desde las postrimerías dieciochescas cuando con su Revolución inmortal —entrevero de dolor y angustia, sangre y esperanzas como en todos los alumbramientos— trajo una nueva aurora de fe y de justicia para la humanidad; y luego, cuando el genio victorioso de Napoleón pasea triunfalmente las banderas francesas por casi todas las capitales de Europa, funda dinastías, maneja reyes, alucinado en sus sueños de hegemonía continental. Por obra de Francia no tuvo precedentes históricos el estremecimiento del orden tradicional europeo. Paralelamente, y por acción de sus creadores, el mundo pensó y sintió con el cerebro y con el corazón de Francia. Ningún otro de los grandes capitanes de la historia alcanzó el pináculo de las glorias napoleónicas. Pero el derrumbe fue tan estrepitoso como había sido el ascenso. La estrella gala se apaga en Waterloo como se apagaría luego la propia vida del gran corso, del muerto inmortal, en el destierro

isleño de Santa Elena. El Congreso de Viena, desnaturalizado por la astucia del canciller austríaco Metternich, creó y multiplicó problemas y conflictos en Europa.

Las fuerzas sociales se desencadenaron entonces en la más peligrosa desorientación. La interrogación y la angustia, la desesperación y el pesimismo fueron las actitudes humanas frente al marasmo que parecía incontenible. Europa, una vez más, vivía en la encrucijada de sus propios destinos. Dijérase que la historia había perdido su brújula en medio de una de sus crisis más tormentosas y convulsivas. Urgía, por lo mismo, el reajuste promisor, última tabla de salvación en el naufragio de todas las posibilidades. Había que disolver, con el ácido corrosivo de la razón, la herrumbre de tantas y tantas contradicciones. Había que restablecer el equilibrio perdido y devolverle al hombre la fe en sí mismo. Si, para ello, le faltaban herramientas al espíritu, había que forjarlas. Si el horizonte científico resultaba ya muy estrecho, el ímpetu humano debía ensancharlo. Si hacía falta una nueva ciencia, el genio del hombre debía crearla. Sólo podría escudriñarse la entraña misma de la sociedad, tomarle el pulso y auscultar sus latidos para luego dictar el diagnóstico de su propia crisis y el augurio de su propio resurgimiento.

Esa trascendental tarea la emprendió un hombre, Augusto Comte, espíritu atormentado y turbulento, quien se atrevió a descender en la oscura cisterna, sumergiéndose en las sombras para encenderlas con la luz de su lámpara positivista, sin más fe que su fe en sí mismo.

\* \* \*

Comte se percató de que el panorama científico, en el orden social, estaba incompleto. Había problemas sociales que ninguna ciencia estudiaba. Surgían preguntas que, por lo mismo, quedaban sin respuesta. Le faltaban al espíritu humano las herramientas necesarias para escudriñar una parte de la realidad social.

El complejo social, en efecto, hasta el siglo XIX, era estudiado, desde distintos ángulos de enfocamiento, por diversas disciplinas, cada una de ellas con su propio contenido y sus perspectivas propias. Las ciencias del derecho escudriñaban, en la trayectoria social, el fenómeno jurídico, en su esencia, su evolución, sus inter-relaciones con el todo social. Las disciplinas económicas analizaban todos y cada uno de los aspectos de la producción, circulación, reparto y consumo de la riqueza. Las ciencias políticas proyectaban su luz en el proceso vital que había creado el Esta-

do y en las modificaciones que éste había tenido y seguía teniendo en el devenir social; los múltiples orígenes en que los intereses humanos, más que las propias convicciones, hacían radicar el nacimiento de la autoridad; las distintas formas en la ciencia y el arte del gobierno; sus derechos frente al individuo; y las finalidades supremas de toda organización estadual cualesquiera que fuese la forma histórica que revistiese. Las ciencias de las religiones seguían la trayectoria de la fe humana desde la nebulosa de los tiempos, allí hasta donde no puede llegar la historia, en las épocas arcaicas en las que el *mito* —reacción espontánea de la fantasía del hombre primitivo para darse la primera explicación de su mundo circundante, en su empeño de descifrar los enigmas de la vida y los misterios de la muerte— engendra primero el *animismo amorfo*, conjunto de fuerzas ocultas, invisibles, misteriosas y sobrenaturales, mundo noumenal que actúa detrás del mundo fenoménico, ánimas que gobiernan todo lo existente; luego el *animismo antropomorfo* cuando la mentalidad del hombre primitivo, que no entiende bien las existencias de esas fuerzas sin forma y ante la necesidad de representárselas gráficamente, siempre en un esfuerzo imaginativo, les atribuye sus propias formas humanas; y, finalmente, cuando el hombre se da cuenta de su insignificancia ante el poder extraordinario de esas fuerzas y de su impotencia e imposibilidad para gobernarlas, realiza una serie de actos suplicatorios para que esas fuerzas le sean propicias, para que protejan al grupo humano, para que cuiden tutelarmente de sus destinos. En otras palabras, la imaginación humana, al divinizar esas fuerzas anímicas y al rendirles culto —que no otra cosa son los actos que realiza para propiciarlas— ha creado las primeras religiones de la humanidad que, por eso, fueron *panteístas*, ya que otorgó ese carácter divino a todas las fuerzas anímicas en las que su imaginación había puesto el gobierno de la naturaleza. La evolución religiosa va del panteísmo inicial al *politeísmo* subsiguiente cuando el hombre empieza a darse cuenta que hay fuerzas anímicas de muy escasa influencia o de acción nula en los procesos de la naturaleza y las despoja, por ende, de los atributos divinos que antes les había otorgado. En la cúspide de esa evolución, ya en las altas culturas éticas, aparecen las religiones monoteístas.

Todas estas ciencias —jurídicas, económicas, políticas, religiosas— actúan sobre un denominador común: estudian un orden limitado de fenómenos, sólo una parte de la realidad social, un aspecto fragmentario de las funciones sociales.



El *Conde de Saint Simón* (1760-1825), heredero intelectual del enciclopedismo, aspiró a coronar el edificio de las ciencias sociales particulares con la cúpula de una teoría general y positiva de la sociedad. En 1818, cuando Comte contaba apenas 20 años, cuando conoció a Saint Simón y, a pesar de la notoria diferencia de edad que los separaba —cuarenta años— una estrecha amistad los vinculó. El joven Comte fue, además, secretario de Saint Simón durante más de un lustro. Siete años hacía que Comte había cortado el cordón umbilical que hasta entonces lo ligaba con las tradiciones de su familia católica y monarquista. Había aspirado a volar con alas propias. Había ingresado a la Escuela Politécnica en la que estudió matemáticas, ciencias naturales y filosofía y de la que fue obligado a salir por un incidente estudiantil y se dedicó desde entonces en París, donde vivía desde 1814, a ganarse duramente el sustento como profesor particular de matemáticas, incorporándose después a la docencia oficial. En política se alistó en el partido más avanzado de su generación: el republicano.

Ejerció el Conde de Saint Simón indudable influencia en Comte, quien, al principio, lo consideró uno de sus maestros. Saint Simón le inculcó la aversión y desconfianza a la Metafísica y la convicción de que era necesario reorganizar la sociedad. A Comte le entusiasmó el empeño de su maestro de restituir la unidad del mundo social, dividida por los estudios de las ciencias sociales particulares. “Física Social” denominó a ese empeño y Saint Simón le atribuía a la “física social” “la misión de poner término a la terrible crisis en que se debatía la sociedad”. En Saint Simón se encuentra también esbozada la “ley de los tres estados” que Comte desarrollaría posteriormente.

Una divergencia cada vez más honda, intransigente e irreductible surgió entre Saint Simón y Comte. Pensaba el primero que el reajuste social indispensable debía ser alcanzado por la reorganización industrial. Sostenía el segundo, por el contrario, que ese reajuste sólo era posible mediante una reorganización en las costumbres y en las creencias, vale decir una revisión total en la tabla de los valores humanos. La discrepancia se agudizó entre ambos hasta llegar a la ruptura definitiva. Comte, apasionado y esta vez injusto, renegó de su maestro hasta el extremo de negarle toda influencia en la constitución del pensamiento sociológico. Posteriormente, Park y Burgess se encargaron de reconciliarlos en el

recuerdo y la admiración de las generaciones. "Saint Simón —dijeron ellos— planteó el problema; Comte encontró la solución."<sup>1</sup>

La ruptura trascendió al público en 1822, año en que Comte publica su primer opúsculo "Plan des travaux scientifiques nécessaires pour réorganiser la société." Este plan de trabajos científicos, necesarios para reorganizar la sociedad, ensayo pequeño en sí, fue, empero, trascendental para su autor, itinerario de un largo viaje espiritual, germen de la obra total a la que Comte dedicaría el resto de su vida. Más de tres lustros (1826-1842)) trabajó en esta ardua tarea. Seis volúmenes constituyeron su *Tratado de Filosofía Positiva General*: el primogénito, aparecido en 1830, desarrolla los fundamentos generales de la Filosofía Positiva y trata especialmente de la Filosofía Matemática; el segundo, publicado cinco años más tarde, estudia la Filosofía Astronómica y la Filosofía de la Física propiamente dicha; el tercero, editado en 1838, abarca la Filosofía Química y la Filosofía Biológica; el cuarto, en el que utiliza por primera vez el vocablo "sociología", fue editado en 1839 y trata de la Filosofía Social, analizando la existencia y movimiento de las sociedades humanas e independizando los procesos sociales de toda otra clase de fenómenos; el quinto y el sexto volúmenes (1841 y 1842 respectivamente) investigan el pasado humano, en su aspecto social.

La generación de Comte estuvo dominada por el espíritu de la Revolución Francesa, de la que sus inmediatos antecesores habían sido protagonistas. La propia infancia de Comte y su adolescencia en el Colegio de Montpellier habían sentido el impacto de esa gran conmoción social, a la que él, según propia expresión, había considerado "la crisis salutífera cuya principal fase había precedido a mi nacimiento".<sup>2</sup> Hasta su juventud habían llegado los ecos de los sucesivos ensayos con que los distintos regímenes políticos —el Consulado, el Imperio, la Restauración— intentaron, a través de Francia, marcar un rumbo a los destinos de Europa. Por su vecindad cronológica, le faltó a esa generación el fondo histórico indispensable para su enjuiciamiento integral y, por lo mismo, creyó que la Revolución había producido el derrumbe completo y definitivo del anterior orden. Sólo la generación subsiguiente pudo apreciar que, a pesar de todo, la gran catástrofe había dejado en pie un poco de la antigua estructura social. Surgió entonces la gran interrogación: "¿Cuáles

1 Robert Park and Ernest Burgess, *Introduction to the science of Sociology*. The University of Chicago Press. Chicago, U. S. A.

2 A. Comte. Prefacio personal al *Curso de Filosofía Positiva*, t. VI, 1842.

debían ser los fundamentos del nuevo orden?" Comte se empeñó en darle respuesta.

\* \* \*

Cada una de las ciencias sociales existentes hasta entonces comprendía un orden limitado de fenómenos, una racionalización fragmentaria, y por lo mismo, incompleta de la realidad social. Ninguna de ellas explicaba el origen de la sociedad, su evolución general, los principios que la sustentan, las fuerzas que la impulsan, las leyes que la rigen, las finalidades que persigue. Había que crear, para ello, una nueva ciencia, una *ciencia general de la sociedad*, que aportara una visión integral y totalizadora del complejo social. Esa fue la magna tarea de Comte: forjar, con su genio creador, al rojo vivo de la fragua, una nueva herramienta para la cultura. El padre del positivismo engendra la *Sociología*, presentándola, por primera vez, como una disciplina científica e independiente, comprobando la legitimidad y urgencia de someter la materia social al análisis de la ciencia por él creada, y de racionalizar, en su movimiento y estructuras, la conducta social del hombre.

Las ciencias sociales particulares fragmentan, en sus estudios, al mundo social y la Sociología restituye la unidad. Las primeras forman el análisis; la segunda, la síntesis creadora. No una síntesis que se limite a aprovechar simplemente las conclusiones de esas disciplinas particulares, sin ir más allá, sino que, antes bien, junta en la realidad, como elementos colaborantes, las distintas fases del complejo social, provisionalmente disociadas por las necesidades del estudio, acreditando además que todas las funciones se vinculan y todos los estados de la evolución social se continúan. La Sociología estudia las realidades sociales, palpitantes y vivas —una multitud, una revolución, un movimiento colectivo vital— o latentes cristalizadas en las instituciones, en el temperamento o en la conducta de los hombres. No quebranta, como lo creían algunos los fueros de las ciencias sociales particulares, ni incursiona clandestinamente en sus respectivas jurisdicciones. Se presenta, más bien, coronándolas. No forma todo el edificio sino únicamente la cúpula más alta. Da la visión panorámica que las ciencias sociales particulares no pueden dar. Enfoca los problemas hasta los que estas disciplinas no pueden llegar. Tiene su propia y exclusiva jurisdicción. La Sociología es, de esta suerte, más que la filosofía de las ciencias sociales particulares, la disciplina que estudia la esencia, órganos y funciones del complejo social, su origen, su desenvol-

vimiento, sus leyes y su finalidad, descubriendo la uniformidad dentro de la constante variación de los fenómenos sociales, revelando la interacción de unos sobre otros y de todos en su conjunto y admitiendo la posibilidad de aplicar esas leyes descubiertas a la aceleración del ritmo colectivo y del bienestar social.

\* \* \*

Comte no sólo es el creador de la ciencia sociológica. Creó también el vocablo con la que fue bautizada: *Sociología*. Antes de inventarlo Comte había usado la denominación “física social” para designar el nuevo sector del conocimiento humano, objeto de su investigación. A la postre no le satisfizo. Tratadistas anteriores a él habían empleado ya la denominación “social”. Rousseau tituló con ella a una de sus obras más notables —*El Contrato Social*— y Sieyès, en su ensayo “¿Qué es el tercer estado?”, se refirió a la “ciencia social”. Pero ninguna de estas expresiones definía con precisión el pensamiento comteano. Ninguna expresaba lo que Comte se había propuesto expresar. Por eso creó una nueva palabra, “sociología”, y la usó por primera vez en el tomo iv de su “Cours de Philosophie Positive” (lección 48), escrito en 1838, publicado un año más tarde e integrante de una colección considerada como una de las obras maestras del genio filosófico del siglo xix. En su abolengo etimológico se confunden las raíces griegas y las latinas: “sociología” proviene de la voz latina “socius” y del término griego “logos” y significa “ciencia de la sociedad”. El propio Comte explica el porqué de su hibridismo greco-latino por la carencia en el idioma griego del más esencial de sus componentes y definiendo su neologismo.

“Este término nuevo —dice— equivale exactamente a mi expresión, ya introducida, de *física social* y designa con un nombre único a esta parte complementaria de la Filosofía Natural que se refiere al estudio positivo del conjunto de leyes fundamentales propias de los fenómenos sociales. La necesidad de tal denominación me excusará de este último ejercicio de un derecho legítimo del que creo haber usado siempre con toda la circunspección conveniente, y sin cesar de experimentar una profunda repugnancia por toda costumbre de neologismo sistemático.”<sup>3</sup>

Pronto se iniciaron los ataques al vocablo comteano, empezando con su hibridismo etimológico y profundizándose luego hasta poner en duda

3 A. Comte, *Course de Philosophie Positive*, t. iv, lección 48, 1839.

la validez de la disciplina a la que nominaba. Se intentó reemplazarlo por otros términos. Lester Ward usó para ello la voz "socionomía", es decir dominio de las leyes sociales. Otros emplearon las denominaciones "socialística" o "socialítica" Pero ninguno de ellos pudo sustituir al que había creado el filósofo de Montpellier, J. Stuart Mill, que un lustro antes de Comte había usado las denominaciones "filosofía social", "historia natural de la sociedad", "economía social", "política especulativa", "ciencia social", apenas conoció el nuevo término de Comte lo aceptó sin reparos y lo empleó luego en su obra "El Sistema de Lógica"

En rigor el vocablo comteano se justifica. Es un neologismo técnico para bautizar con él a una ciencia nueva. Así lo comprendieron, entre otros, Herbert Spencer, uno de los más prestigiosos continuadores de la acción de Comte, y que tanto contribuyó, en su tratado "The Study of Sociology" (1870-1890) a difundir y popularizar el nuevo vocablo, que fue adquiriendo carta de legitimidad científica, cada vez más aceptada.

Desde fines del siglo pasado el término "sociología" ha ido obteniendo su filiación definitiva al conocimiento mundial: en Francia con los cursos de Tarde y Durkheim, la fundación del "Instituto Internacional de Sociología" (1893) y la publicación de la "Revista de Sociología" (1894); en Italia con la edición de la "Revista Italiana de Sociología" (1897) y la creación de diversos cursos universitarios; en Bélgica, con una universidad dirigida por De Greef y estructurada sobre bases sociológicas; en Alemania con los cursos de Simmel en Berlín y Barth en Leipzig; en los E. E. U. U. con numerosas asignaturas de Sociología en universidades, colegios y seminarios y la edición de varias revistas; y en España y en la América Latina con sendas cátedras de Sociología, en sus distintos centros de cultura superior, Asociaciones o Institutos de Sociología en México, Colombia, Argentina y Perú, y revistas sociológicas entre las que sobresale la "Revista Mexicana de Sociología" que dirige el eminente sociólogo mexicano doctor Lucio Mendieta y Núñez, publicación que cuenta ya más de 25 años de fecunda existencia y que con este número ha querido rendir merecido homenaje a Augusto Comte.

\* \* \*

Comte considera a Aristóteles como el precursor de su teoría sobre el orden social. Sistematiza las conclusiones a las que, antes de él, habían llegado Hume y Kant en la filosofía, Vico y Bossuet en la historia, Smith y Ricardo en economía política y Condorcet en las ciencias sociales. Su

resentimiento con Saint-Simón le hizo omitir, deliberadamente, la influencia que de él recibió.

Plantea Comte, en su obra, el debate de cuatro *cuestiones fundamentales*: 1) la religión positivista; 2) el método y la ley de los tres estados; 3) la clasificación de las ciencias, en la que otorga un lugar preponderante a la Sociología; y 4) la estática y la dinámica social, vale decir el orden y el progreso.

1) *La religión positivista*.—Afirma Comte que las instituciones dependen de las costumbres y éstas de las creencias; y que, por ende, la estructura fundamental de la sociedad está en el consenso, o sea en “el acuerdo intelectual de un grupo de creencias compartidas”. La rigidez y estabilidad de ese consenso en el Asia explica la inmovilidad de las civilizaciones orientales. Lo propio ocurrió en el Occidente, tanto en la Antigüedad pagana como en el Medioevo cristiano. Cree el Profesor Auxiliar del Instituto Politécnico de Montpellier que las convulsiones de su época han resquebrajado profundamente la estructura consensual y le han hecho perder su eficacia y su validez. La fe revelada está, según él, en irremediable crisis y precisa, por lo mismo, sustituirla por otra fe: por la demostrada, por la que se basa en la comprobación de la verdad mediante el método científico, por la razón. He ahí la esencia de la *religión positivista* que, después de haber padecido varios accesos de locura furiosa, estar recluso temporalmente en el manicomio del señor Esquirol (1826) y de haber intentado suicidarse, arrojándose al Sena, predicara Comte y que en su iniciación tuviera relativa resonancia en la captura de adeptos. La nueva religión sin Dios tuvo alguna influencia en el Brasil, en Inglaterra y en los E. E. U. U. y algunos “templos de la humanidad” se levantaron en París, Liverpool, Río de Janeiro y Porto Alegre. El positivismo vio frustrado su empeño de suplantar el credo católico o la acción religiosa en general; pero forjó, en cambio, un régimen de creencias intelectuales que constituyó, en un momento de la evolución histórica, el nuevo consenso para las sociedades del Occidente.

2) *El método y la ley de los tres estados*.—Ya desde el siglo xvi Francisco Bacon, Barón de Verulam, en su libro “*Novum Organum*” —contrapuesto al tradicional “*Organum*” de Aristóteles— afirmó que “no hay más conocimientos reales que los basados sobre hechos observados”. El saber se adquiere por medio de los sentidos, nexos entre el individuo y el universo. Comte sigue esta tendencia y la encumbra. Para

él todo conocimiento corresponde a la realidad; y, por lo mismo, al conocimiento sólo debe preocuparle la investigación de los hechos tales como ellos se producen, con el objeto de descubrir las leyes que los rigen. No le interesa, en consecuencia, al positivismo todo lo que se relacione con las causas y los fines, patrimonio éste de la Metafísica, que, según Comte, tiene sus raíces en la teología y que, por ende, más que un ensayo de ciencia universal, constituye un conjunto de lucubraciones, que parten del milagro y exigen la fe ciega.

En la amplia jurisdicción filosófica solo existen dos tendencias: la metafísica y la positiva. Sólo esta última es la científica. La filosofía positiva, creada por Comte, revolucionó la entraña filosófica y propuso nuevos *métodos de investigación y verificación*. Si, para el criterio positivista, todo se basa en observaciones, es indispensable que para observar el espíritu necesita un *método* por el cual se unan los fenómenos observados a algunos principios generales, se combinen entre sí las distintas observaciones aisladas y se obtenga de ello el mayor provecho posible. Comte constata un *dualismo* en la concepción metodológica: en determinadas clases de fenómenos los que se desarrollan en la conciencia, por ejemplo se utiliza la *especulación libre*, fundamentada en concepciones metafísicas; y en otra clase de fenómenos —los mecánicos, astronómicos, físicos, químicos y biológicos— se emplea la explicación *causal*. Falta, pues, la coherencia metodológica que el conocimiento reclama.

La preferencia comteana hacia el *método histórico* obedece al criterio de que el presente no es sino una consecuencia necesaria del pasado; y debiendo ser el conocimiento de lo social ante todo un conocimiento del presente, para ser exhaustivo tendrá que recurrir forzosamente al pasado. En otras palabras, tiene que ser histórico.

El hecho de que ambas actitudes mentales —la especulativa y la causal— coexistan en la realidad y que esta última vaya prevaleciendo sobre la primera, llevaron a Comte a la definición de su *ley de los tres estados* —que ya había sido enunciada por Turgot, esbozada por Condorcet y delineada por Saint Simón— considerando que “por la naturaleza misma del espíritu humano, cada rama de nuestros conocimientos está por fuerza sujeta en su marcha a pasar sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico o ficticio, el estado metafísico o abstracto y el estado científico o positivo” “En otros términos, el espíritu humano, por su naturaleza, emplea sucesivamente, en cada una de sus búsquedas, tres métodos de filosofía cuyo carácter es esencialmente

diferente y hasta radicalmente opuesto: primero el método teológico; luego el método metafísico; y por último, el método positivo.”<sup>4</sup> He ahí las tres grandes fases sucesivas del pensamiento que caracteriza la evolución de la humanidad.

“En el primitivo *estado teológico* —explica Comte— el espíritu humano dirige esencialmente sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de las cosas, hacia las causas primeras y finales de todos los efectos que le sorprenden; en una palabra hacia los conocimientos absolutos; se representan los fenómenos como producidos por la acción directa y continua de agentes sobrenaturales más o menos numerosos (fetichismo, politeísmo y monoteísmo) cuya intervención arbitraria explica todas las anomalías aparentes del universo.”<sup>5</sup> Tres momentos atraviesa el período teológico: a) la *explicación mítica*, fruto de la imaginación humana, reacción espontánea de la fantasía colectiva ante los estímulos del exterior y en la que los pueblos primitivos radican la esencia de los procesos de la naturaleza en la acción de las fuerzas anímicas; b) la antropomorfización primero y divinización después de esas fuerzas, origen del *pan-teísmo* inicial en el proceso religioso y del *politeísmo* posterior; y c) la concepción *monoteísta* que explica todo lo existente por la acción creadora y la voluntad omnimoda del Ser Supremo.

En el *período metafísico*, posterior al teológico, la inteligencia humana, en su intento de liberarse del subyugante poder sobrenatural, trata de descubrir la causación, no ya en fuerzas misteriosas o en seres superiores sino en entidades o abstracciones personificadas.

La etapa *positiva o científica* se inicia cuando el hombre llega a la madurez de pensamiento y en ella la imaginación se subordina a la observación que es la única fuente de conocimiento; la razón es la única arma en la búsqueda de la verdad y la única base de las leyes positivas; se racionaliza la realidad, que esa y no otra es la médula de toda ciencia; y el dogma de la invariabilidad de las leyes naturales adquiere una amplitud universal. “En el estado positivo —expresa el filósofo de Montpellier— el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y el destino del universo y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para empeñarse tan sólo en descubrir, por el empleo bien combinado del raciocinio y de la observación

4 A. Comte, *Plan de los trabajos científicos necesarios para organizar la sociedad*. 1822.

5 A. Comte, *El Discurso del Método Positivo*, 1822.



sus leyes efectivas, es decir sus relaciones invariables de sucesión y de semejanza.”<sup>6</sup>

El primer período se caracteriza por la preponderancia social de los sacerdotes; el segundo por la de los filósofos o jurisperitos; y el tercero por la de los guerreros y hombres de ciencia.<sup>7</sup>

Un doble proceso siguió Comte para comprobar su ley metodológica de los tres estados. Apeló, en primer término a la naturaleza humana siguiendo los rastros de su interpretación que empezó siendo mítica, luego filosófica y concluyó descubriendo posteriormente las leyes objetivas de la misma realidad. Y se apoyó también en la Historia, evidenciando que no pocas ramas del saber humano habían recorrido esas tres etapas y las que entonces no habían llegado aun a la positiva estaban en trance de hacerlo.

3) *La clasificación de las ciencias.*—El positivismo comteano se basa en tres principios fundamentales, íntimamente relacionados entre sí: a) el orden de las propiedades inmanentes; b) el orden de la constitución sucesiva de las ciencias; y c) el orden de enseñanza jerárquica de las mismas. Todo intento de clasificación científica supone que el material del conocimiento no puede ser captado con un equipo intelectual único sino dentro de un sistema formal sobre las bases de la “generalidad decreciente y la complejidad creciente” de cada una de las unidades que la integran. El propio Comte explica su procedimiento clasificatorio.

“La filosofía —dice— se encuentra dividida en cinco ciencias fundamentales, cuya sucesión está determinada por una subordinación necesaria e inevitable, fundada, con independencia de toda opinión hipotética, sobre la simple comparación profundizada de los fenómenos correspondientes: son la Astronomía, la Física, la Química, la Fisiología y, por último, la Física Social. La primera considera a los fenómenos más generales, más simples, más abstractos y más alejados de la humanidad, y que influyen sobre todos los otros, sin ser influenciados por ellos. Los fenómenos considerados por la Física Social son los más particulares, los más complicados, los más concretos y los más directamente interesantes para el hombre; y dependen más o menos de todos los precedentes, sin ejercer sobre ellos ninguna influencia. Entre estos dos extremos, los grados de especialidad, de complicación y de personalidad de los fenómenos va aumentando gradualmente, así como su dependencia sucesiva.”<sup>7</sup>

6 A. Comte, *ob. cit.*

7 Augusto Comte, *Curso de Filosofía Positiva*, t. I, 1830.

El proceso de la inteligencia, según la lógica comteana, va de lo general a lo particular, de lo simple a lo complejo. Cada ciencia, en su evolución, encuentra un género de fenómenos inexplicables para ella y el espíritu humano crea entonces una nueva ciencia que los explica. La Física estudia las propiedades y transformaciones exteriores de la materia, pero no puede explicar las afinidades de las moléculas y de los átomos. Para ello surge la Química que investiga, comprueba y explica las alteraciones sustanciales de la materia. La más compleja de las combinaciones es la biomolécula, capaz de producir el movimiento espontáneo, es decir la molécula dotada de vida. El fenómeno vital, inexplicable para la Química, da origen a la Biología que lo escudriña y aclara. Cuando la vida se eleva a las funciones que no encuentran explicación cabal en los estudios biológicos y cuando estas funciones alcanzan un desarrollo tal que son capaces de producir un movimiento coordinado en la colectividad, surge la *Sociología* para estudiarlo. Existe, de esta manera, una verdadera jerarquía en los fenómenos, susceptibles de un estudio científico. Comte tuvo un concepto organicista del fenómeno social, fundamentando la Sociología en la Biología. Fue Spencer quien completó esta escala, perfeccionándola, al poner como disciplina intermedia a la Psicología, ya que existen actos individuales, de naturaleza psíquica, que no tienen explicación únicamente en los empeños biológicos y entonces el espíritu humano, para explicarlos, crea una nueva ciencia: la Psicología. La *Sociología* aparece en la coronación de esta escala para explicar la coordinación social, la esencia de las acciones colectivas, que no encuentran explicación, ni en la Biología ni en la Psicología.

La Geología y la Paleontología demuestran que las acciones mecánicas han precedido a las físicas; éstas, a las químicas; y éstas, a su vez, a las biológicas. Asimismo, los fenómenos biológicos son anteriores a los psíquicos que son precursores de los sociales.

Sostuvo Comte la tesis que él llamó *de l'inévitable consensus sociale*. Este *consensus* "caracteriza los fenómenos de los cuerpos vivientes, que la vida social manifiesta en su más alto grado." Hay una gradación correlativa, ascendente en el *consensus*: "el *consensus* animal es mucho más complejo que el *consensus* vegetal; del mismo modo dicho *consensus* se desarrolla evidentemente, a medida que la animalidad se eleva hasta su máximun en la naturaleza humana; en fin, en el hombre el aparato nervioso deviene más que en ningún otro ser viviente el sitio de la solida-

ridad biológica”<sup>8</sup> Comte afirma repetidamente que “gracias al *consensus* se mantiene la solidaridad entre varias partes del organismo social” y que “hay una especie de anatomía social que constituye la sociología estática”<sup>9</sup>

He aquí la escala enciclopédica, en la complejidad ascendente de la clasificación comteana, perfeccionada por Spencer:

Sociología.	Química.
Psicología (Spencer).	Matemáticas.
Biología.	Física.

Para comprender una ciencia cualquiera dentro de la escala enciclopédica establecida por Comte, es necesario, previamente, realizar un estudio completo de las ciencias que la preceden en el menor grado de complejidad. Así, por ejemplo, si tratáramos de estudiar la Sociología, que en el criterio comteano es la disciplina más compleja en la escala enciclopédica de las ciencias positivas, sería necesario conocer previamente otras disciplinas anteriores a la Sociología y de menor complejidad. Antes de conocer la Sociología, para poder estudiar con eficiencia el proceso de los fenómenos sociales, es menester dominar previamente la Biología. A su vez, para comprender bien la Biología, se necesita conocer los fenómenos de nutrición de los seres vivos, lo cual sólo se consigue por la Química; la mejor comprensión de los fenómenos químicos solo es posible, no sintiéndose foráneo en la jurisdicción de la Física; de igual modo, para conocer los fenómenos físicos —peso, calor, electricidad, magnetismo— es imprescindible el conocimiento de las matemáticas.

Se ha comprobado que el estudio de cada ciencia, por necesitar del conocimiento previo de todas las que le preceden en simplicidad, abstracción e independencia, no ha podido hacer progresos reales y adquirir su verdadero carácter y magnitud sino después de un gran desarrollo de las ciencias anteriores, relativas a fenómenos más generales, más abstractos, más independientes y menos complejos.

4) *La Estática y la Dinámica Social: orden y progreso.*—Comte dividió en dos grandes sectores la sistematización sociológica: *estática* y *dinámica social*. Estudia la estática las condiciones de existencia de la

8 A. Comte, *Cours de Philosophie Positive*, Leccs. 48 y 49.

9 A. Comte, *ob. cit.*

sociedad, las leyes de coexistencia, la teoría del orden natural de las relaciones humanas. La dinámica investiga las leyes de su movimiento continuo. La primera solo se desarrolla en el espacio; la segunda, en el espacio y en el tiempo. A la estática le dedica Comte poco estudio —lo que equivale a otorgarle poca importancia— dentro del plan general de su obra, apenas si una lección en el Curso de su Filosofía Positiva. En cambio a la dinámica la analiza en más de dos tomos. Disculpa él mismo este desnivel, afirmando que todo lo que se puede decir de la estática ya lo había dicho Aristóteles. Por el contrario, la dinámica resultaba un campo inexplorado y digno, por lo mismo, de su aporte original.

Considera Comte en la estática tres elementos: el *individuo*, la *familia* y la *sociedad*. Para él, el individuo no tiene valor sociológico porque no constituye una unidad social. Sólo trata de satisfacer sus tendencias primitivas o instintivas, aun cuando existe en él el germen de un futuro desarrollo social, por su tendencia instintiva a la vida en común, es decir a la sociabilidad. No olvidaba el filósofo de Montpellier que el Estagirita había afirmado que el hombre era un “animal social”.

La *familia* es la verdadera unidad social, fundada en una concepción biológica, ennoblecida por los sentimientos y enriquecida con sentimientos morales. “Tal concepción —dice Comte— constituye, por su naturaleza, un intermediario indispensable entre la idea del individuo y la de la especie o sociedad.”<sup>10</sup> La familia es el núcleo primario de la vida social; pero tal afirmación no implica que la sociedad sea solo un simple agregado o aglutinación de familias, ya que entre ambas —familia y sociedad— existen características diferenciales. La familia es “unión” de naturaleza biológico-ética, siendo accesorios sus signos intelectuales, en tanto que la sociedad es una “cooperación” de tipo intelectual cuyos vínculos morales son accesorios. La sociedad está fundada en el doble principio de la separación de los oficios y de la combinación de los esfuerzos. Solo así es posible la cooperación y la coordinación en la vida social.

Define Comte a la *Dinámica* como la “ciencia del movimiento necesario y continuo de la humanidad”. Ya Heráclito de Efeso, en el Asia Menor, quinientos años antes de la era cristiana, había proclamado que “todo está en movimiento; nada es inmutable”. Afirma Comte que el sujeto activo de la dinámica es la humanidad. Influenciado por Pascal expresó que “la sucesión de hombres, a través de los siglos, constituye

10 A. Comte, *Curso de Filosofía Positiva*, t. iv.

un solo hombre” y que la Sociología estudia a la especie humana como formando una inmensa unidad, homogénea y uniforme, sometida a la ley de la evolución, tránsito de lo imperfecto a lo perfecto. Esta concepción simplista, y por lo mismo errónea, de la humanidad dentro de los estrechos límites de los horizontes etnográficos, antropológicos, etnológicos e históricos de la época comteana. Así lo reconoce el propio Comte cuando afirma:

“Nuestra exploración histórica ha de quedar únicamente reducida a la selección o a la vanguardia de la humanidad, comprendiendo a la mayor parte de la raza blanca, o de las naciones europeas, y hasta limitándonos para mayor precisión, sobre todo en los tiempos modernos, a los pueblos de la Europa Occidental.”<sup>11</sup>

Las perspectivas comteanas no pueden, pues, ser más restringidas y ello le sirva de disculpa o atenuante para su criterio errado sobre la humanidad y sobre la ley de la evolución. Más tarde, Spencer las rebasaría (colocándolas en su respectivos cauces, demostrando que la humanidad no es simple, homogénea y uniforme sino, por el contrario, compleja, heterogénea y multiforme). En otras palabras, bajo la denominación “humanidad” no se comprende a una sola sociedad humana, a toda nuestra especie formando una sola sociedad homogénea y uniforme, sino, antes bien, a un innúmero de agregados sociales heterogéneos y multiformes. Y la evolución social tampoco resulta tan simple como Comte lo suponía. No es simplemente “lineal”. Su representación gráfica no podría ser, por tanto, una línea, ya sea vertical u horizontal. La evolución social es “dispersiva”. En trance de representarla gráficamente, tendríamos que utilizar, para ello, la trayectoria que sigue una bombarda, disparada en la pirotecnia de los fuegos artificiales: arranca en una línea hasta determinado punto en el que se produce un estallido luminoso, abriendo entonces en abanico de luz, en diversas líneas, al final de cada una de las cuales se produce una nueva eclosión lumínica, punto de partida de otro nuevo abanico multicolor, que se abre y amplía en diferentes recorridos y así sucesivamente.

De todos modos —y esto es lo importante y lo trascendental— se cumple la dinámica social, no en el laboratorio restringido de una hipotética humanidad homogénea y uniforme, sino en la agregación múltiple y extraordinaria de las comunidades dispares que la integran, diversificándola.

11 A. Comte, *op. cit.*, t. iv.

Explica Comte que así como la Biología se distingue en Anatomía que estudia los órganos y Fisiología que estudia las funciones, así también la Sociología separa, en el análisis del complejo social, las estructuras de la sociedad (estática) y sus leyes de movimiento (dinámica). El dualismo estática-dinámica, agrega, “corresponde con exactitud perfecta, en el sentido propiamente dicho, a la doble noción de orden y progreso”.<sup>12</sup> El fundador del positivismo abandona el concepto individualista y concibe a la evolución como un desenvolvimiento del orden. El orden es el concepto estático del progreso y el progreso es el concepto dinámico del orden. Así armoniza ambos términos que durante tanto tiempo parecieron inconciliables. Y en esa armonía encuentra Comte la ley de la vida social.

El orden y la libertad han sido los dos extremos entre los cuales se ha movido, a manera de un péndulo, el destino de la humanidad. En algunas oportunidades históricas los problemas del hombre se resolvieron liquidando uno de los términos de esa disyuntiva. Se resolvieron dentro del orden, pero con sacrificio de la libertad. Orden sin libertad es despotismo, tiranía, opresión. Es el orden abusivo que existió en los regímenes teocráticos (China Imperial y Egipto) de la Edad Antigua, en las monarquías absolutas de origen divino que estuvieron en auge en el Medioevo y en los Tiempos Modernos, en los regímenes totalitarios nazifascistas de nuestros días, en las dictaduras pretorianas que han flagelado tantas veces y siguen flagelando aun a no pocos pueblos de nuestra América Latina. Es la típica paz varsovia. “La paz reina en Varsovia.” El orden se mantiene inalterable en las calles; pero las cárceles, antros de tortura, hierven de presos políticos y los cementerios aumentan sus cruces, día a día, con los asesinatos de los esbirros.

En otras oportunidades históricas, los problemas humanos se resolvieron con la libertad, pero sacrificando el orden. La libertad sin el orden, la libertad desordenada es el libertinaje, la anarquía, el caos, la destrucción y el exterminio.

La conciliación de ambos términos, orden y libertad, tan fácil de forjar en teoría, pero tan difícil de obtener en la práctica, apareja la fórmula perfecta de la convivencia humana: un orden libre y una libertad ordenada. Porque, como lo apreciaba Comte, el orden debe ser el concepto estático del progreso y de la libertad; y la libertad y el progreso deben ser el concepto dinámico del orden. El orden libre y la libertad ordenada

12 A. Comte, *ob. cit.*

es, o debe ser, mejor dicho, la médula de una democracia auténtica. Así lo entendieron los griegos en la Antigüedad al forjar una democracia perfecta, conciliando ambos términos que para muchos resultaban antagónicos, contradictorios y excluyentes, disolviendo el binomio de esa disyuntiva en una sola unidad vital. No en vano Renán consideró a ese portento histórico como un milagro. Y el “milagro griego” no ha vuelto a repetirse en la historia.

Augusto Comte fue un desadaptado y un incomprendido en su época. Por algo afirmó Pierre Louys que “ningún hombre de genio pertenece a su generación” Sus ideas sobre la religión y el positivismo le concitaron no pocas enemistades y resistencias. Algunas peripecias de su vida personal, atenaceada por estigmas patológicos, dieron pábulo para agudizar las críticas que pretendían desautorizar sus opiniones. Ni los que tienen fe en algún credo religioso, ni los adversarios de la filosofía positivista jamás podrán ser admiradores de Comte. Pero donde la acción comteana adquiere un firme sentido de perdurabilidad es en la Sociología. Comte la creó. Es él su padre. Vivió con ella los tanteos iniciales de su primera infancia. La ciencia sociológica fue creciendo y desarrollándose luego en forma tan extraordinaria que ahora, si viviera, ni el propio Comte reconocería a su propia obra. Así está de superada y de perfeccionada, siendo siempre perfectible como lo son, por su propia esencia, todas las disciplinas científicas.

La Sociología es el monumento imperecedero de Augusto Comte. Es el monumento ante el cual la posteridad le tributa homenaje, le rinde pleitesía y le hace justicia.